

# VELEIA

REVISTA DE PREHISTORIA, HISTORIA ANTIGUA, ARQUEOLOGÍA  
Y FILOLOGÍA CLÁSICAS

*Comité de Redacción:*

I. BARANDIARÁN

J. L. MELENA

J. SANTOS

V. VALCÁRCEL

*Secretario:*

J. GORROCHATEGUI

8-9

---

SEPARATA

---

INSTITUTO DE CIENCIAS DE LA ANTIGÜEDAD  
AINTZINATE-ZIENTZIEN INSTITUTUA

SERVICIO EDITORIAL  
UNIVERSIDAD DEL PAIS VASCO



ARGITARAPEN ZERBITZUA  
EUSKAL HERRIKO UNIBERTSITATEA

VITORIA

1991-1992

GASTEIZ

# EL TIPO CÓMICO DEL ΔΥΣΚΟΛΟΣ EN LA DECLAMACIÓN XXVII DE LIBANIO

RESUMEN: La declamación XXVII de Libanio muestra el enfrentamiento entre un padre y su joven hijo, con la particularidad de que aquél es un viejo malhumorado, un δύσκολος, que presenta los rasgos que generalmente caracterizan a este tipo en la comedia. Es un individuo de mal genio, que odia el contacto con cualquier ser humano, el cariño y, sobre todo, la risa. Como el δύσκολος cómico demuestra su irritabilidad recurriendo a la violencia física, con el empleo de piedras, palos y todos los componentes de su «arsenal», y a la violencia verbal, que se manifiesta en frecuentes maldiciones e insultos. La relación con el tipo de la comedia queda de relieve también en la forma de expresar la irritabilidad, por medio de frases muy breves y del asíndeton, reflejo de lo que Webster denomina *staccato style*.

ABSTRACT: Libanius' Declamation XXVII introduces a confrontation between a father and his young son, with the particular characteristic that the former is a bad tempered old man, a typical δύσκολος, who shows the traits that generally accompany this type of character in comedy. He a bad tempered individual, who hates having any contact with any other human being, the affection or, above all, the laughter. As in the case of the comic δύσκολος, he shows his irritability by recurring to physical violence and using sticks and stones and all the other components of his «arsenal» and to verbal violence, wich comes out in the form of frequent curses and insults. The relationship with this type of comedy is also manifest in the form of expression, in wich very brief sentences and the asyndeton abound, all of wich reflects what Webster has called the *staccato style*.

En la Declamación XXVII Libanio ofrece el retrato de un viejo malhumorado y gruñón que pretende desheredar a su hijo por haberse reído de él y que en sus rasgos generales coincide con un tipo presente en la Comedia Ática, el δύσκολος. Las declamaciones, discursos sobre tema inventado puestos en boca de personajes ficticios, forman parte de la amplia producción de Libanio destinada a la escuela, con la que se intentaba ofrecer a los alumnos modelos de composición y argumentación. Este autor es el maestro de retórica más destacado del siglo IV d.C., momento en que la Segunda Sofística ejerce una enorme influencia sobre la vida cultural. Esta corriente se proponía recuperar en la expresión y en el léxico la pureza de las obras de la época clásica, tomadas como modelos indiscutibles, imponiéndose en el terreno de la lengua el aticismo, lo que representa una vuelta al pasado. Libanio se encuentra inmerso plenamente en este movimiento y al ser profesor tiene un papel destacado como transmisor de estos ideales, de lo que es buen ejemplo su obra de carácter escolar, compuesta por ejercicios preparatorios y declamaciones. Estas últimas son modelos de discursos que extraen sus materiales de las obras de la época clásica. Atendiendo a los temas que se tratan en ellas se clasifican en tres grupos: mitológicas, históricas y éti-

cas o etopoéticas<sup>1</sup>, que reciben su nombre porque se dedican a la descripción de caracteres. Entre estas últimas hay que situar la que en la edición de R. Förster<sup>2</sup> aparece con el número veintisiete. La influencia de la comedia, muy clara en este conjunto de obras, queda de manifiesto en la caracterización de los personajes que hablan, que son tipos con unos rasgos muy definidos, pero también en el desarrollo de las situaciones que se relatan y especialmente en la forma de expresión. Con ello se combinan algunos elementos propios de la declamación, relacionados sobre todo con la elección de los temas, como son en este caso la risa, el conflicto entre padres e hijos y el amor a la soledad.

Al intentar poner de relieve aquellos aspectos en los que se aprecia un componente cómico hay que tener en cuenta un hecho de importancia capital, el estado fragmentario y con frecuencia disperso de lo que se conserva de la Comedia Antigua. Sabemos que en la comedia siciliana de Epicarmo comienza ya el tratamiento de algunos personajes con rasgos típicos, continuado por el mimo de Herodas y en particular por la Comedia Ática, en la que se definen y se caracterizan plenamente como tipos. Sin embargo, apenas han llegado completas hasta nosotros once obras de Aristófanes y casi entera una de Menandro, *Δύσκολος*, mientras que del resto únicamente se conservan fragmentos más o menos extensos, cuando no sólo el título, recogidos por Ateneo de Náucratis en *Deipnosophistae*, por Estobeo en sus *Florilegia* y, en mucha menor medida, por Diógenes Laercio, Pólux y diversos lexicógrafos tardíos<sup>3</sup>. Una idea del alcance de la pérdida puede dárnosla la afirmación de Ateneo de Náucratis<sup>4</sup> de que había leído más de 800 obras de la Μέση. A pesar de estas dificultades, los hallazgos papiroológicos están contribuyendo en gran medida a ampliar nuestro conocimiento de la comedia griega, a lo que hay que añadir una fuente indirecta, la *palliata* latina, que se inspiró en la Comedia Nueva, particularmente en Menandro, Filemón y Dífilo. Aunque no deben olvidarse fenómenos como la *contaminatio* y las adaptaciones del autor para acomodar la obra a los gustos de su público, todavía se pueden vislumbrar abundantes reflejos de sus modelos griegos.

Hay que tener en cuenta, por tanto, que Libanio pudo tener acceso a obras que en la actualidad se han perdido total o parcialmente, lo que en algunos casos planteará dudas sobre si aspectos o situaciones que parecen «cómicos», pero no se encuentran reflejados en las piezas conservadas, tienen su origen en la comedia o son innovaciones del autor. En el presente trabajo se ha pretendido, en la medida en que lo hace posible el estado fragmentario de este género, establecer los puntos de contacto que permiten situar al personaje que pronuncia la Declamación XXVII dentro de la tradición del tipo del *δύσκολος*, mediante una comparación entre este discurso y las obras y fragmentos de la comedia en los que se muestran sus principales caracteres<sup>5</sup>.

<sup>1</sup> W. Schmid - O. Stählin, *Geschichte der griechischen Literatur*, VII. 2. 2, Munich 1981<sup>2</sup>, p. 994. B. Schouler, *La tradition hellénique chez Libanios*, París 1984, pp. 31-4.

<sup>2</sup> *Libanius. Opera*, vol. VI, pp. 550-563, B. G. Teubner, Leipzig 1911, reimpr. 1963. Los números entre paréntesis que aparecen a lo largo del presente estudio indican el párrafo correspondiente en esta edición, de la que se han tomado también las citas que se reproducen textualmente.

<sup>3</sup> K. Lever, «Middle Comedy. Neither Old nor New but Contemporary», *CJ* 49, 1953-4, pp. 167-8 y *The Art of the Greek Comedy*, Londres 1956, pp. 161-2. L. Gil, «Alexis y Menandro», *EClás* XIV 61, 1970, p. 311, y «Comedia ática y sociedad ateniense I. Consideraciones gene-

rales en torno a la Comedia Media y Nueva», *EClás* XVII 71, 1974, p. 68.

<sup>4</sup> *Deipn.* VIII 336d.

<sup>5</sup> Para llevar a cabo esta comparación se ha acudido a diversas ediciones. Los fragmentos de poetas cómicos, con la excepción de Menandro, proceden de R. Kassel -C. Austin, *Poetae Comici Graeci*, vols. II, V y VII, Berlín 1991, 1986 y 1989, respectivamente. Las ediciones utilizadas para las obras de Aristófanes son las de A. Meineke (*Aristophanis comoediae*, 2 vols., Leipzig 1890) y V. Coulon y H. van Daele (col. Budé, vols. I-III, París 1985, 1987 y 1989). Los pasajes de Menandro están tomados de A. Körte, *Menandri reliquiae*, vol. II (B.G. Teubner, Leipzig 1959) y de la edición del *Dyscolos* de J. M. Jacques (col. Budé, París 1963). Por lo que se refiere a los

El tipo del misántropo malhumorado y cascarrabias, que con frecuencia aparece opuesto a un joven, en la mayor parte de los casos su hijo, es uno de los personajes más antiguos que componen el repertorio de la comedia griega. Este individuo insociable y de mal carácter es casi siempre un viejo que resulta en mayor o menor medida un compendio de los rasgos que según Aristóteles definen a los γέροντες: son de mal carácter (κακοήθεις), pesimistas por su experiencia (δυσέλιδες διὰ τὴν ἐμπειρίαν), dados a lamentarse (ὀδυρτικοί) y poco amigos de la risa (οὐ φιλογέλοιοι)<sup>6</sup>. Tiene su importancia la edad en el caso del δύσκολος, ya que, como señala B. A. van Groningen<sup>7</sup>, son el paso de los años y las experiencias adversas las que hacen que se vuelva de esa manera de ser. Que el tipo del viejo cascarrabias que reparte golpes con su bastón a todo el que se le pone por delante era una figura familiar en la comedia incluso antes de Aristófanes lo atestiguan sus propias palabras en la parábasis de *Las Nubes*, donde afirma con orgullo que no ha echado mano de recursos trillados, como el burlarse de los calvos, bailar el *kórdax* o presentar a viejos lanzando insultos y sacudiendo bastonazos<sup>8</sup>, dos rasgos que definen perfectamente al personaje que pronuncia la declamación de Libanio, como muy pronto tendremos ocasión de ver.

En la Comedia Antigua este tipo, con sus rasgos característicos de irritabilidad y avaricia, aparece en el *Monotropos* de Frínico, aunque los mejores ejemplos se encuentran en Aristófanes, Demos en *Los Caballeros* y Filocleón en *Las Avispas*. El primero de ellos es descrito como «áspero de carácter, comedor de habas, irascible, ... un vejete malhumorado un poco sordo»<sup>9</sup>; por su parte, Filocleón, χαλεπός y δύσκολος<sup>10</sup>, es un viejo gruñón obsesionado por ejercer de jurado colectivo, siempre para condenar, al que su hijo Bdelicleón debe retener en casa. Continuó después en la Comedia Media y Nueva, como indican títulos como *Misoponeros*, de Antífanes, *Monotropos*, de Ofelión y Anaxilas, y en particular *Dyscolos*, de Mnesímaco y Menandro. Posteriormente llegó a la comedia latina, de lo que son un buen ejemplo Euclión en la *Aulularia* de Plauto y Demea en *Adelphoe* de Terencio<sup>11</sup>, e incluso pasó a géneros en prosa, como es el caso de la presente declamación de Libanio o las *Cartas rústicas* de Eliano, en varias de las cuales<sup>12</sup> aparece un δύσκολος llamado Cnemón, como el protagonista de la obra de Menandro, que es ἄγροικος, γείτοισιν οὐκ ἀγαθὸς πάροικος, ἀποφράς y μονήρης<sup>13</sup>.

Según parece el antecedente de todos ellos fue un personaje real llamado Timón, un ateniense que vivió en la época de la Guerra del Peloponeso<sup>14</sup>, que, tras haber comprobado la ingratitude de sus amigos, decidió mantenerse apartado de los hombres, maldiciéndolos por su perversi-

comediógrafos latinos, se ha recurrido para Plauto a la edición de A. Ernout (col. Budé, vols. I, V y VII, París 1961 y 1970) y para Terencio a la de L. Rubio (Ed. Alma Mater, vols. II y III, Barcelona 1966). Como complemento se incluyen las traducciones de los pasajes citados, así como la de la Declamación XXVII completa, que figura como apéndice al final del presente estudio.

<sup>6</sup> *Rh.* 1389b 20, 1390a 4, 1390a 21.

<sup>7</sup> «The delineation of character in Menander's *Dyscolos*», *Recherches de papyrologie* 1, 1961, p. 109.

<sup>8</sup> *Nu.* 540-2; (ἡ αὐτὴ κωμῳδία) οὐδ' ἔσκωψε τοὺς φαλακροὺς, οὐδὲ κόρδαχ' εἰλκυσεν, / οὐδὲ πρεσβύτης ὁ λέγων τάπη τῇ βακτηρίᾳ / τύπτει τὸν παρόντ' ἀφανίζων πονηρὰ σκώμματα «(Esta comedia) no se mofó de los calvos ni echó mano de un *kórdax*, ni el viejo que mientras dice los versos golpea con el bastón al que se le presenta, borrando burlas malvadas». Cf. L. Gil, «Comedia ática y sociedad ateniense II. Tipos del ámbito familiar en la Co-

media Media y Nueva», *Eclás* XVIII 72, 1974, p. 159. A pesar de sus afirmaciones, como señala R. K. Fisher (*Aristophanes Clouds*, Amsterdam 1984, p. 155), el viejo malhumorado aparece en dos pasajes de esta obra, en los versos 49 y 1297-1302.

<sup>9</sup> *Eq.* 41-3: ἄγροικος ὀργὴν, κυαμοτρῶξ, ἀκράχολος, / ... δύσκολον γερόντιον / ὑπόκωφον.

<sup>10</sup> *V.* 942.

<sup>11</sup> *Ad.* 866: *Ego ille agrestis, saevus, tristis, parcus, truculentus, tenax.* Cf. Menandro, Ἀδελφοί β, fr. 11 Körte: ἐγὼ δ' ἄγροικος, ἐργάτης, σκυθρός, πικρός, / φειδωλός.

<sup>12</sup> *Ep.* 13-16.

<sup>13</sup> Sobre la pervivencia de este tipo ha tratado C. Préaux en «Reflexions sur la misanthropie au théâtre. À propos du *Dyscolos* de Ménandre», *CE* XXXIV 68, 1959, pp. 327-341.

<sup>14</sup> Plutarco, *Ant.* 69-70.

dad. Su caso debía ser bastante conocido, ya que lo citan Aristófanes y Platón el cómico<sup>15</sup>. La primera caracterización completa de este individuo aparece en *Monotropos* de Frínico<sup>16</sup> y es presentado también como protagonista del *Timón* de Antífanes y de varios poemas de la *Antología palatina*<sup>17</sup> en los que se pone de relieve su mal carácter y su odio hacia todo el género humano. Este personaje fue retomado por Alcifrón<sup>18</sup>, que en la carta de un parásito alude al cambio en su forma de ser debido a los reveses de la fortuna, y por Luciano en una obra que recibe su título de él, en la que se le muestra empobrecido por su excesiva generosidad hacia los amigos, que en los momentos de dificultad le han abandonado. Incapaz de tolerar sus desplantes se marcha de la ciudad y vive en un lugar apartado, cultivando penosamente la tierra. Sin embargo, los dioses recuerdan los sacrificios que les ofreció antaño y deciden enriquecerle de nuevo, de lo que el misántropo se vale para hacer rabiar a los que le ignoraron. También Libanio dedicó a este personaje una declamación, la XII<sup>19</sup>, en la que Timón se presenta ante el Consejo para solicitar permiso para suicidarse porque está enamorado de Alcibiades y ello le aparta del modo que ha elegido para vivir<sup>20</sup>.

Los rasgos básicos con los que aparece el *δύσκολος* en la comedia son la irritabilidad, la desconfianza, derivada de malas experiencias anteriores, la afición a la vida en el campo, donde este personaje se encuentra instalado buscando un lugar apartado que le permita evitar el contacto con la gente, y la tacañería, aunque no siempre. En el caso del personaje de Libanio se pueden encontrar reflejados con claridad los tres primeros, mientras que la tacañería es más dudosa. Se vislumbra vagamente en sus quejas contra el broncista, que cobra caro y va cuando le da la gana (3) y podría relacionarse de alguna manera con ella su horror por el derroche de comida que ve en el ágora a su llegada a la ciudad, *ἐνιαυτοῦ τροφήν πολλοῖς ὁμοῦ σωφρονεῖν δυναμένοις* (6)<sup>21</sup>. Tampoco la desconfianza es un rasgo que caracterice de forma decisiva al *δύσκολος* de Libanio, a diferencia de Cnemón, que incluso tiene miedo de dejar sola la casa<sup>22</sup>. En el viejo gruñón el único reflejo es su afirmación de que despidió al sirviente que labraba la tierra junto a él para no tener que ir detrás volviendo a cultivar (25). Las características que mejor definen a este personaje son principalmente el mal humor, hasta el punto de que llega a definirse como el más antipático de todos, *πάντος ἀηδέστερον* (25), y la misantropía, de los que se derivan todos los demás. Odia vivamente el contacto con cualquier ser humano y sus palabras son un continuo rechazo: de la compañía, de la palabra, de la risa y la alegría e incluso del cariño.

El amor a la soledad es característico de los *δύσκολοι*, que son capaces de llegar a extremos increíbles movidos sólo por él, como el Timón de Libanio<sup>23</sup>, que está dispuesto a morir con tal de alcanzarla. El personaje de la declamación XXVII se muestra mucho más moderado en este sentido, aunque no deja de expresar sus preferencias por la soledad, lo que manifiesta en nume-

<sup>15</sup> Aristófanes, *Lys.* 809-820 y *Av.* 1548. Platón, fr. 237 K.-A.

<sup>16</sup> Fr. 19 K.-A.: Ὅνομα δὲ μοῦσι Μονότροπος... / ...ζῶ δὲ Τίμωνος βίον / ἄγαμον, ἄδουλον, ὀξύθυμον, ἀπρόσοδον, / ἀγέλαστον, ἀδιάλεκτον, ἰδιογνώμονα «Mi nombre es Monótroπο... Vivo una vida de Timón, sin boda, sin esclavos, irascible, inabordable, sin risa, sin conversaciones, pensando en mí mismo». En similares términos se expresa el Timón de Luciano (*Tim.* 44): καὶ ὄνομα μὲν ἔστω ὁ Μισάνθρωπος ἥδιστον, τοῦ τρόπου δὲ γνωρίσματα δυσκολία καὶ τραχύτης καὶ σκαιότης καὶ ὄργη καὶ ἀπανθρωπία «Sea 'misántropo' el nombre más grato y las características de mi carácter mal humor, aspereza, grosería, ira e inhumanidad».

<sup>17</sup> A.P. VII 313-320.

<sup>18</sup> II 32.

<sup>19</sup> Förster, *Libanius. Opera*, vol. V, pp. 534-564.

<sup>20</sup> Para más información sobre el personaje de Timón y sus recreaciones literarias cf. P. Photiades, «Le type du misanthrope dans la littérature grecque», *CE XXXIV* 68, 1959, pp. 305-326, y W. Schmid, «Menanders Dyskolos und die Timonlegende», *RhM* 102, 1959, pp. 157-182.

<sup>21</sup> Una queja similar la pone Menandro (*Dysc.* 447-9) en boca de Cnemón, pero refiriéndose al exceso de comida para la celebración de un sacrificio.

<sup>22</sup> Menandro, *Dysc.* 442-7.

<sup>23</sup> *Decl.* XII 2.

rosas ocasiones a lo largo del discurso. Sentirse acompañado es para él un tormento, hasta el punto de que llega a afirmar que se irrita con el mero hecho de que alguien se le acerque<sup>24</sup>, expresando una opinión que coincide con la del Timón de Luciano<sup>25</sup>, que afirma que simplemente con ver a uno el día se le convierte en nefasto. Incluso le desagradaba su propio hijo, que se invita él solo a acompañarle (4). Por este motivo, si tiene que ir a la ciudad, prefiere hacerlo campo a través, para no tropezarse con nadie por el camino (5), lo que recuerda las palabras de Cnemón cuando afirma que ya no cultiva la parte de su finca que está junto a la zona de paso para que no le importunen los que van por allí<sup>26</sup>. Su misantropía le lleva incluso a dejar sin reparar los aperos, algo imprescindible para su trabajo en el campo, con tal de librarse pronto del broncista (3). La muestra extrema es el odio que siente por su propia sombra, porque siempre le sigue, y al sol y a la luna porque la producen (4), aspecto en el que coincide con Timón en la Declamación XII de Libanio, que afirma: καὶ τὴν ἑαυτοῦ σκιάν συνεχῶς ἀπεδίδρασκον, «y continuamente rehuía mi propia sombra»<sup>27</sup>.

Hasta tal punto llega su rechazo por los seres humanos que considera que no ver a nadie no es un mal sino una ventaja (25), opinión que comparten los δύσκολοι de Menandro y Luciano<sup>28</sup>, y afirma que sólo sería capaz de tolerar a uno que fuera como él (27). La aversión hacia los hombres, que en otros δύσκολοι se expresa de forma directa<sup>29</sup>, en el de Libanio queda especialmente reflejada cuando llega a decir que él no es pariente de ningún ser humano, sólo de las piedras:

οὐδενὸς ἀνθρώπων ἐγὼ συγγενής, ἐκ τῶν πετρῶν ἀνέφυον. ἐκεῖναί μοι φίλαι, ἐκεῖναί μοι συγγενεῖς (24)<sup>30</sup>.

Sólo cuando habla de ellas y de la soledad abandona por un tiempo su mal humor. Adopta un tono casi cariñoso, sereno, y atribuye a esta última las funciones que tradicionalmente se consideran propias de los hijos con relación a sus padres ancianos<sup>31</sup>, cerrando con estas palabras su discurso:

<sup>24</sup> XXVII 24: ἀλλ' ὄσω μᾶλλον προσίοι τις, τοσοῦτῳ μᾶλλον ὀργίζομαι.

<sup>25</sup> *Tim.* 43.

<sup>26</sup> Menandro, *Dysc.* 162-5: Παρ' αὐτὴν ὁδὸν γάρ, νῆ Δία, εἴωθα διατρίβειν; Ὅς οὐδ' ἐργάζομαι / τοῦτο τὸ μέρος (τοῦ) χωρίου, πέφευγα δὲ διὰ τοὺς παριόντος «Pues, por Zeus, ¿tengo costumbre de perder el tiempo junto al camino mismo? Yo, que ni siquiera trabajo esta parte del campo y he huído de ella a causa de los que pasan».

<sup>27</sup> *Decl.* XII 12.

<sup>28</sup> Menandro, *Dysc.* 333: ἡδιστόν ἐστ' αὐτῶι γὰρ ἀνθρώπων ὄραν / οὐδένα «Lo más agradable para él es no ver a ningún ser humano». Luciano, *Tim.* 35: εὐδαιμονέστατός εἰμι μηδενὸς μοι πλησιάζοντος «Soy el más feliz si no se me acerca nadie». En la misma línea se sitúa también el personaje de Anfis (Ἐριθοί, fr. 17 K.-A.) que afirma que la soledad es un χρυσοῦν πρᾶγμα y el de la Ὑδρία de Menandro (fr. 401 Köpfe) que exclama: ὡς ἡδὺ τῷ μισοῦντι τοὺς φαύλους τρόπους ἐρημία «¡Qué cosa tan dulce es la soledad para el que odia los caracteres vulgares!».

<sup>29</sup> Cf. Menandro, *Dysc.* 34: μισῶν ἐφεξῆς πάντας «Odiando en seguida a todos»; Luciano, *Tim.* 34: πάντας γὰρ ἅμα καὶ ἀνθρώπους καὶ θεοὺς μισῶ «Pues odio a todos

juntos, dioses y hombres»; Eliano, *Ep.* 14: ἐγὼ μαίνομαι καὶ φονῶ καὶ μισῶ τὸ τῶν ἀνθρώπων γένος «Yo desvarío y tengo miedo y odio al género humano».

<sup>30</sup> Según indica M. L. West (*Hesiod Theogony*, Oxford 1966, pp. 165-7) la mención del parentesco con las piedras tiene un carácter proverbial y conserva el eco de la antigua creencia que situaba en ellas y en la encina el origen del hombre. Los primeros usos de la expresión ἀπὸ δρύος... ἀπὸ πέτρης, con diversas variantes, se encuentran en Hesíodo (*Th.* 35) y Homero (*Il.* X 126 y *Od.* τ 163), de donde posteriormente la tomaron otros autores. Aunque no tiene siempre el mismo significado, con frecuencia, se utiliza con el sentido de no tener parientes, sentirse desligado de la familia o ser insensible, como se aprecia en Platón, *Ap.* 34d y Plutarco, *Mor.* 608c.

<sup>31</sup> Como señala G. Raepsaet en «Les motivations de la natalité à Athènes aux V<sup>e</sup> et IV<sup>e</sup> siècles avant notre ère» (*AC* 40, 1971, pp. 80-110) los motivos por los que los atenienses deseaban descendencia eran la felicidad que proporcionan los hijos al garantizar la continuidad de la familia y el mantenimiento del patrimonio familiar dentro de ella a través de un heredero, tener un apoyo en la vejez, la necesidad de las honras fúnebres y la perpetuación del culto de los muertos.

... ἔσται μοι καὶ παῖς καὶ φίλος καὶ συγγενής καὶ πάντα ἀπλῶς ἡ ἔρημία. ἐκείνη μοι συμβιώσεται, ἐκείνη με γηροβοσκήσει, ἐκείνη με καὶ τεθνεῶτα καλύψει (27)<sup>32</sup>.

Este cariño se refleja en un mayor cuidado en la forma, con una construcción más elaborada. La primera de las dos oraciones muestra una gradación en la que los diversos elementos van unidos muy estrechamente por medio de la conjunción καί. El cierre es la palabra principal, ἡ ἔρημία, y aparece justamente ante pausa, en una posición muy destacada, que a la vez sirve para enlazarla con la oración siguiente, de modo que queda bien claro a quién se refieren los ἐκείνη que aparecen después. La frase final recoge otra gradación, más clara semánticamente que la anterior y muy similar a la que se encuentra en el elogio de las piedras, donde lo que aparece es una especie de versión reducida. Los elementos que la componen no van unidos por conjunciones, sino yuxtapuestos y enlazados por medio de una estructura paralela con la anáfora ἐκείνη, que aparece repetida tres veces. Ésta tiene como misión suavizar el final, evitando que sea demasiado brusco, y produce un cierto retardamiento. También se consigue este efecto con el último elemento de la gradación, que es una ampliación del esquema que siguen los otros dos.

Al amor a la soledad va unido el rechazo de la palabra, que considera una pérdida de tiempo, por lo que a su hijo siempre le ha hablado poco y de mala gana (17). Tiembla de ira sólo con pensar en las frases que le hubieran podido decir con motivo de su caída, interesándose por su estado, «un vómito de palabras», ἔμετον ῥημάτων (7), aunque no llegó a escucharlas. Por otra parte, además de las que se dirigen a él, le resultan también insoportables las que se ve obligado a pronunciar ante el Consejo y considera un fastidio y una intromisión tener que responder a las preguntas que le formulan y verse obligado a dar detalles de los motivos de su decisión (1-2). Este rechazo de la palabra es otra manifestación de la misantropía característica del tipo cómico del δύσκολος, presente también en Cnemón, del que afirma el dios Pan que nunca le ha hablado a nadie en primer lugar, salvo por necesidad, y que no le dirige la palabra ni siquiera a su hijastro<sup>33</sup>.

En el mismo sentido se interpreta el hecho de que huya de todo aquello que pueda representar el menor indicio de alegría, que elimina incluso por medio de la violencia, como hace al echar de su propiedad al coro que cantaba el himeneo el día de su boda (18) y cuando afirma que es capaz de romper las patas al ternero si lo ve brincar y de moler a palos al perro si mueve el rabo cuando él se acerca (18). Y es que, como el propio viejo gruñón llega a decir, ni siquiera soporta que le quieran (27).

Otro de los grandes temas del discurso junto al amor a la soledad es el rechazo de la risa (27), que es para él la mayor injusticia (ἐμοὶ δὲ μέγιστον ἀδικημάτων ὁ γέλως, 14) y un delito (18) y le causa gran pesadumbre, porque es además una injusticia para la que no existe castigo. Desde el punto de vista del misántropo resulta algo completamente ajeno a la naturaleza humana<sup>34</sup> y no ve motivo alguno por el que las personas puedan tener ganas de reír, a no ser el

<sup>32</sup> Cf. Eurípides, *Alc.* 663-4: ... οἱ γηροβοσκήσουσι καὶ θάνοντα σε / περιστελοῦσι καὶ προθήσονται «(hijos) que te alimentarán cuando seas viejo y una vez muerto te amortajarán y expondrán tu cadáver»; *Med.* 1032-5: ἡ μὴν ποθ' ἢ δύστηνος εἶχον ἐλπίδας / πολλὰς ἐν ὑμῖν, γηροβοσκήσειν τ' ἐμὲ / καὶ κατανοῦσαν χερσὶν εὐ περιστελεῖν, / ζηλωτὸν ἀνθρώποισι «Desdichada de mí, en otro tiempo tenía muchas esperanzas en vosotros, que me alimentaréis en mi vejez y una vez muerta me amortaja-

ríais piadosamente con vuestras propias manos, hecho análogo por los seres humanos».

<sup>33</sup> Menandro, *Dysc.* 10-11 y 726.

<sup>34</sup> XXVII 15: ὁ δὲ γέλως, εἶπερ ἐπὶ χρηστοῖς γίνεται πράγμασιν, ἀλλότριον ἀνθρώπου παντάπασιν. Sin embargo, Aristóteles (*PA* 673a 8) afirma: τὸ μόνον γελᾶν τῶν ζώων ἀνθρώπων «El hombre es el único animal que se ríe».

día de la muerte. Viendo la forma en que se comportan unos con otros lo verdaderamente humano tendría que ser llorar y lamentarse (15). Esta forma de ver la vida se encuentra con variantes en los personajes de los viejos malhumorados, como el que aparece en Πλόκιον de Menandro<sup>35</sup>, que afirma que no hay vida sin penas.

La peculiar forma de ser de este tipo cómico hace que con frecuencia sea un personaje asociado a la vida rural, frente a otros como la hetera o el parásito, que son esencialmente urbanos<sup>36</sup>. El campo se concibe como un lugar donde el δύσκολος intenta conseguir la soledad y ver al menor número de personas posible. Por ello lo más frecuente es que se aluda a la propiedad en la que vive y trabaja este personaje con el término ἐσχατιά que aparece en este discurso en tres ocasiones y que se encuentra también en la Declamación XII y en Luciano<sup>37</sup>. En los autores áticos se utiliza con el sentido de territorio o campo situado en el borde de una región, junto al mar o al pie de una montaña, pero básicamente indica el extremo de algo, el punto más alejado, con lo que se da a entender que estos δύσκολοι viven en el lugar más apartado que han podido encontrar, que sólo abandonan en casos de absoluta necesidad, como es para el de la Declamación XXVII el reparar su azada.

El amor por el campo ha llegado a ser un tópico literario que tiene sus antecedentes en Hesíodo y Platón, que en *Fedro* 229b presenta un verdadero *locus amoenus* al describir un rincón junto al Iliso donde se van a sentar a conversar, que es sombreado, fresco por la brisa y con una hierba agradable para sentarse o tumbarse. Para Aristófanes<sup>38</sup> el campo es un lugar de paz donde el hombre puede encontrar todo lo que necesita para vivir, gracias a la generosidad de la tierra. La imagen literaria que lo asocia con el descanso y la vida sana queda establecida como tópico en los *Idilios* de Teócrito y fue muy explotada posteriormente. Uno de los ejemplos más conocidos es el *Epodo 2* de Horacio, en el que se inspiró Fray Luis de León, aunque probablemente donde ha quedado mejor desarrollado es en la novela pastoril renacentista.

En contraposición con este panorama de vida sencilla y honrada, al δύσκολος la ciudad le parece un foco de degeneración que sólo puede gustar a los perdidos (3). En el ágora se concentra todo lo que repugna: el bullicio, la animación, cierto derroche en la comida y la risa (6). Por ello, incapaz de soportar tanta depravación, no mira por dónde va y acaba cayendo en un socavón, lo que motiva la risa del hijo y da origen a la declamación. De nuevo Libanio no hace sino recoger un tópico literario, el de la vida ajetreada de la ciudad llena de maldades, adaptándolo a su personaje. Así se muestra en Aristófanes, que afirma que en ella los discursos desvergonzados lo son más todavía, en Alcifrón y Luciano<sup>39</sup>, que no deja de mencionar τῶν ἐν ἄστει κακῶν. Megarónides, un personaje de *Trinummus* de Plauto<sup>40</sup> reniega de los habitantes de la ciudad, porque son entrometidos y dados a la difamación. Es precisamente en el ámbito urbano donde se sitúan los desocupados, los charlatanes, los aficionados a inmiscuirse en los asuntos ajenos, los parásitos, los que están dispuestos a cualquier cosa por dinero<sup>41</sup>.

Sin embargo, junto a la visión idílica del campo hay otra cara, como hace ver el parásito de Alcifrón<sup>42</sup> que huye de la ciudad buscando una vida placentera y sólo encuentra trabajo duro de

<sup>35</sup> Πλόκιον, fr. 341 Körte.

<sup>36</sup> L. Gil, *EClés* XVIII 72, 1974, pp. 158-9.

<sup>37</sup> Libanio, *Decl.* XXVII 3, 9, 18; *Decl.* XII 2, 11, 16, 20, 21, 22, 24, 36, 43. Luciano, *Tim.* 6.

<sup>38</sup> *Nu.* 43-5; *Pax* 571-581.

<sup>39</sup> Aristófanes, *Eq.* 384-5. Alcifrón, *loc. cit.* Luciano, *Tim.* 37.

<sup>40</sup> *Trin.* 199-211.

<sup>41</sup> Cf. Ph.-E. Legrand, *Daos. Tableau de la comédie grecque pendant la période dite nouvelle*, Lyon-París 1910, p. 79.

<sup>42</sup> III 34.



sol a sol. Este es el único aspecto que existe para el δύσκολος, que sólo ve la faceta negativa del tópico, como se aprecia en el protagonista de la Declamación XXVII, en Cnemón o en Timón, que viven en el campo, pero sin dejar de trabajar la tierra<sup>43</sup>. Así pasa los días uno de los hermanos de *Adelphoe* de Terencio, *parce ac duriter*, frente a la *clementem vitam urbanam* del otro. Continuando con el anti-tópico, como no podía ser de otra manera, el viejo del discurso de Libanio cultiva una loma escarpada que sólo da tomillo y salvia, el tipo de terreno que le gusta a una persona que se autodefine como «seco y mísero», αὐχμῶντα καὶ μοχθηρόν (27), e incluso considera que este es el adecuado a su propia personalidad, despreciando los «huertecillos» sombreados que cultivan los demás:

γεωργῶ δὲ ἀγρὸν οὐ, μὰ Δία, χλιδῶντα καὶ δένδροις κατάσκιον, ἀλλ' ὄχθον τραχὺν, θύμον γεωργοῦντα καὶ σφακόν, καὶ ἡδίων οὗτος ἔμοι ὦν ὑμεῖς γεωργεῖτε καταγελάστων κηπίων, οὐ γὰρ ἀγροῦς ἂν τὰ τοιαῦτα καλέσαιμι (XXVII 18).

El sentido de la mención del tomillo y la salvia es más amplio de lo que podría parecer a simple vista, ya que son plantas que crecen en lugares áridos y agrestes, pero estaban consideradas además como alimento propio de los pobres, en especial la primera de ellas. Así lo indican Antífanes<sup>44</sup> cuando afirma que nadie come tomillo si tiene carne a su alcance y el escoliasta que comenta dos versos de Aristófanes<sup>45</sup>, que lo considera signo de pobreza.

La alusión al terreno en el que sólo crecen el tomillo y la salvia contribuye también a situar a este personaje dentro de la tradición del δύσκολος, presentándolo de forma indirecta como campesino del Ática. La base de esta localización se encuentra en el Δύσκολος de Menandro:

Τοῦτ' ἔστιν εἰλικρινῆς γεωργὸς Ἀττικὸς·  
πέτραις μαχόμενος θύμα φερούσαις καὶ σφακόν  
ὀδύνας ἐπισπᾶτ' οὐδὲν ἀγαθὸν λαμβάνων<sup>46</sup>.

A ello hay que añadir que en el prólogo de la obra (1-4) el dios Pan sitúa la acción en el demo de File, junto al monte Parnés, haciendo referencia a lo agreste del lugar. En este demo vive también el malhumorado Cnemón de las *Cartas rústicas* de Eliano<sup>47</sup>. Timón<sup>48</sup>, en cambio, vive junto al Himeto, pero en una zona de similares características, donde precisamente crecía un tipo de tomillo muy abundante del que se producía una de las mieles más famosas de la antigüedad<sup>49</sup>.

Hay que señalar, sin embargo, que el carácter rústico del malhumorado en general se marca sólo con algunos rasgos llamativos pero bastante esquemáticos, sin recrearse excesivamente en la vida del campo. Ello se aprecia cuando se hace el recuento de las labores agrícolas que se mencionan. Luciano sólo indica que Timón se pasa el día cavando con la azada, tarea a la que en *Dyskolos* de Menandro se añaden las de recoger leña y peras silvestres y arreglar la cerca<sup>50</sup>. En la declamación de Libanio se encuentran citados algunos otros trabajos del campo: cortar espinas, arar, regar<sup>51</sup>. En general las menciones no pasan de la mera enumeración y tienen como única

<sup>43</sup> Menandro, *Dysc.* 31-2. Luciano, *Tim.* 6, 8.

<sup>44</sup> Fr. 225 K.-A.

<sup>45</sup> *Pl.* 253 y 283.

<sup>46</sup> 604-6. «Esto es el auténtico campesino ático. Peleando con piedras que producen tomillo y salvia, consigue penas sin obtener nada bueno».

<sup>47</sup> *Ep.* 15.

<sup>48</sup> Luciano, *Tim.* 7.

<sup>49</sup> Cf. Eubulo, Γλαῦκος, fr. 18 K.-A.

<sup>50</sup> Luciano, *loc. cit.* Meandro, *Dysc.* 31, 101-2, 367, 376.

<sup>51</sup> *Decl.* XXVIII 21 y 26.

función servir de telón de fondo en el que se sitúa al malhumorado, un personaje que encaja mal en el ambiente bullicioso de la ciudad.

El carácter del δύσκολος que odia a todo el mundo se manifiesta de una forma muy agresiva, tanto física como verbalmente. La violencia física se refleja en hechos como expulsar con pellas de barro al coro que cantaba el himeneo el día de su boda o el reprimir con palos y piedras la menor muestra de alegría en los animales de su propiedad (18). Lo que hace es utilizar los mismos instrumentos de los que en general se valen los misántropos para alejar a los importunos o para castigar a todo el que se acerca a molestar<sup>52</sup>, actitud que dejan bien clara las palabras de Cnemón: βάλλω τοὺς ἐσφοιτῶντας ἐς τὸ χωρίον καὶ βῶλοις καὶ λίθοις<sup>53</sup>. Timón, en la obra de Luciano, añade a este «arsenal» la azada con la que trabaja la tierra, que, como señala C. Préaux<sup>54</sup>, es una especie de insignia del misántropo; con ella golpea al parásito, al adulador, al demagogo, al filósofo y al propio dios de la riqueza<sup>55</sup>.

La violencia verbal queda de manifiesto en frecuentes insultos y maldiciones, que se dirigen contra su hijo, los miembros del Consejo o cualquiera que se ponga por delante. Al hijo lo maldice deseando que se vaya ἐς κόρακας (20) y que perezca de mala manera (11), algo que pide también para el broncista que debía reparar su azada y no fue el día convenido (3). De los rétores que aleccionan al joven sobre lo que debe decir ante el Consejo dice sólo que revienten diez mil veces (10), que es lo que tenía que haber hecho el malvado cuando se rió (2). Este tipo de maldiciones son muy frecuentes entre los viejos gruñones de la comedia, en particular κακὸς κακῶς ἀπόλιτο y sus variantes, que es la preferida de Cnemón y se encuentra también en Eubulo y otros autoes<sup>56</sup>; en cambio, según Schouler<sup>57</sup> el deseo de que alguien reviente está más relacionado con el bagaje escolar del léxico de las declamaciones. Los insultos más o menos directos se suceden a lo largo de todo el discurso e incluso casi se podría decir que en el exordio parece que busca no la *captatio benevolentiae* sino más bien casi una *captatio malevolentiae* por el tono combativo y descarado y las continuas ofensas al Consejo. A su modo de ver, el broncista es un infame (4), los astínomos y agoránomos no saben hacer su trabajo (6), su mujer, a la que alude en una sola ocasión, es más malvada que su hijo (12) y los miembros del Consejo son un hazajo de bobos que se quedan con la boca abierta mientras les exponen los asuntos que deben tratar (2). Son además unos entrometidos, porque le obligan a tener que exponer en detalle un caso que podrían juzgar sólo con oír los motivos del viejo (2) y porque quieren defender al hijo en un asunto que no les interesa, restándole autoridad para hacer lo que considere oportuno (22-3). Al prítane que se dirige a él le llama «entrometido» y «meticón», περίεργος y πολυπράγμων, porque se preocupa por su situación cuando se haya quedado solo (24-5). Aparte de eso, son unos blandos por tolerar en sus propios hijos comportamientos que no tienen la menor excusa (14). Por este motivo no cultivan un campo como debe ser, sino «huertecillos ridículos», καταγελάστων κηπίων.

Sus insultos favoritos son κακός, μιάρός y, sobre todo, κακοδαίμων<sup>58</sup>, que dedica principalmente a su hijo, pero también a los miembros del Consejo, al broncista que no acude, a su mujer y a los cómicos que convierten su peripecia en una pieza teatral.

<sup>52</sup> Menandro, *Dysc.* 83, 120, 195-6, 500-2. Eliano, *Ep.* 13 y 14. Libanio, *Decl.* XII 20, 25, 43.

<sup>53</sup> Eliano, *Ep.* 14: «Arrojo a los que se acercan al campo pellas de tierra y piedras».

<sup>54</sup> *Art. cit.*, p. 329.

<sup>55</sup> *Tim.* 34, 45, 58.

<sup>56</sup> Menandro, *Dysc.* 442, 600-1, 926-7. Eubulo, *Χρύσιλλα*, fr. 115 K.-A. Plutarco, *Ant.* 70. A.P. VII 313.

<sup>57</sup> *Op. cit.*, p. 892.

<sup>58</sup> Κακός en 11 y 12; μιάρός en 4, 18 y 19; κακοδαίμων en 2, 13, 16 y 17.

La indignación que siente queda reflejada en la forma de su expresión, en la que predominan las oraciones breves, unidas con frecuencia simplemente por yuxtaposición, creando un efecto de precipitación. A menudo recurre a series de interrogaciones igualmente breves y rápidas, dirigidas bien a su hijo o bien a los miembros del Consejo, con las que más que preguntar trata de que éstos vean lo equivocado de su forma de actuar, tan diferente a la suya. Es un claro reflejo de lo que T.B.L. Webster<sup>59</sup> llama *staccato style*, expresión que aplica a la forma de hablar de Cnemón, el viejo gruñón de Menandro. Se caracteriza por el uso de pequeñas unidades y el asíndeton y se encuentra presente en aquellos lugares en los que el personaje se muestra irritado<sup>60</sup>. Esta particular forma de expresión en realidad es característica del tipo del δύσκολος, no sólo de Cnemón, y se encuentra abundantemente reflejada en otros misántropos, así como en el viejo gruñón de Libanio, aunque en menor grado, como se aprecia en los siguientes ejemplos.

Libanio, *Decl.* XXVII 22:

Καί μοι μηδεὶς ἐνταῦθα ἐνοχλήσῃ ὡς νέος ἐστὶ λέγων καὶ ὡς συγγνώμῃ δεῖ τὴν ἁμαρτίαν ταύτην αὐτῷ. τίς γὰρ εἰ σὺ ὁ τουτονὶ παραιτούμενος; ποῦ γνοῦς αὐτόν; ποῦ θεασάμενος; τί δὲ ἀλγεῖς ὑπὲρ αὐτοῦ; παρεγενόμην ἐγὼ σωφρονίσων; ἀντεῖπον δὲ αἰτουμένῳ τι παρὰ τούτων; συνηγόρησε δὲ οὗτος ἢ σοὶ ἢ τῶν σοὶ προσηκόντων τινί; τί οὖν δίδως ἢ μηδέποτε εἴληφας; ὃ τῆς πολυπραγμοσύνης κήδεταί τις ἀλλοτρίου παιδὸς καὶ τὸν πατέρα κωλύει σωφρονίζειν τὸν ἑαυτοῦ.

Luciano, *Tim.* 3:

Τίνες ἔστε, ὦ κατάρτοι; ἢ τί βουλόμενοι δεῦρο ἦκατε ἄνδρα ἐργάτην καὶ μισθοφόρον ἐνοχλήσοντες ἄλλ' οὐ χαίροντες ἅπιτε μιαροὶ πάντες ὄντες; ἐγὼ γὰρ ὑμᾶς αὐτίκα μάλα βάλλων τοῖς βώλοις καὶ τοῖς λίθοις συντρίψω<sup>61</sup>.

Plauto, *Aul.* 45-9:

EUC. *Tibi rationem reddam, stimulorum seges?*  
*Illuc regredere ab ostio! illuc sis. Vide,*  
*Ut incedit! At scin quo modo tibi res se habet?*  
*Si hercle hodie fustem cepero aut stimulum in manum,*  
*Testudineum istum tibi ego grandibo gradum<sup>62</sup>.*

Otro rasgo que caracteriza al personaje es la tendencia a la exageración, algo esperable tratándose de un tipo cómico, que queda reflejada en su afirmación de que «lagos enteros», λίμνας ὅλας, se encuentran en la ciudad (6) o al considerar que su comparecencia ante el Consejo equivale a lanzarse «entre innumerables fieras», μυρίοις θηρίοις (2). En este sentido habría que incluir también el comentario de que los comediantes han tomado su desgracia como argumento de una obra (17), un trabajo ciertamente muy rápido, teniendo en cuenta que al principio de la decla-

<sup>59</sup> *An Introduction to Menander*, Manchester 1974, p. 108.

<sup>60</sup> 172-8, 431-2, 442-455, 466-7, 500-2.

<sup>61</sup> «¿Quiénes sois, malditos? ¿Con qué intención habéis llegado aquí a molestar a un labrador que trabaja por un jornal? Pero no os iréis impunes vosotros, que sois

todos unos infames. Pues yo al instante voy a trituraros arrojándoos pellas de barro y piedras.

<sup>62</sup> «¿Que te dé explicaciones, sembrado de agujones? ¡Allí, retírate de la puerta! Allí, si quieres. ¡Mira cómo anda! ¿Pero no sabes cómo están las cosas para tí? Por Hércules, si hoy llevo a coger un palo o un agujón te voy a alargar ese paso de tortuga».

mación el viejo cascarrabias señala que los hechos habían sucedido dos días antes. Las exageraciones se extienden igualmente a la opinión que tiene de su hijo, ya que dice que, si por haberse caído se ríe, cuando se muera dará una fiesta (9). Considera además que los motivos por los que la ley autoriza a desheredar son lo bastante graves como para exigir la pena de muerte y opina que el castigo impuesto por el legislador es demasiado blando (11-12). El caso más extremo es probablemente la descripción de las reacciones que debería haber tenido el joven ante la caída del padre: no moverse, hacer como que no lo había visto o incluso caerse él también, que hubiera sido lo apropiado en un buen hijo:

οὐ δὲ γὰρ κινεῖσθαι χρῆν ὅλως ἰδεῖν πεπτωκότα ἢ ἰδόντα πεσεῖν καὶ αὐτόν, τὴν γὰρ αὐτὴν δῆπουθεν ὁδὸν ἐβαδίζομεν καὶ οὐκ ἔμοι μὲν ἦν ὀλισθηρά, σοὶ δὲ βέβαιος ἐπιβαίνειν, οὐδὲ σὺ μὲν ἔνηφες, ἐγὼ δὲ ἐκραιπάλων (20).

Frente al personaje del δύσκολος en la comedia suelen aparecer algunos otros tipos, de los que se encuentra un reflejo también aquí. Uno de los más destacados es el del viejo amable, que suele ser un hermano, un vecino o un hombre de diferente categoría social, una persona de edad pero con un carácter mucho más suave, que en el discurso quedaría representado por los miembros del Consejo que tratan de calmar la irritación del protagonista. Intentan sobre todo conseguir el perdón para el hijo que va a ser desheredado, haciendo ver que su falta es muy leve y que tiene como disculpa sus pocos años, aunque sólo consiguen avivar la irritación del δύσκολος y que les llame blandos. Este tipo de contraposición se encuentra con cierta frecuencia en la comedia, como se aprecia en Querésttrato y su hermano Esmícrines, obsesionado por la riqueza, en *Aípsis* de Menandro, o Megadoro y su avaro vecino Euclión, en *Aulularia* de Plauto. En algunos casos el contraste es menos marcado y lo que se refleja son formas diferentes de ver la vida o la educación de los hijos, como sucede con Menedemo y Cremes en *Heautontimoroumenos* o Demea y Mición en *Adelphoe* de Terencio.

También se hace referencia muy brevemente a la mujer del protagonista, de la que éste sólo dice que es más malvada que su hijo, sin que lleguemos a saber si vive con él, ha muerto, como la esposa de Euclión, o, como la del δύσκολος de Menandro, se ha ido a otro lugar porque no es capaz de soportar el mal carácter de su marido.

El más destacado de todos estos personajes secundarios es el hijo, que tradicionalmente desde la Comedia Antigua aparece enfrentado al viejo malhumorado. Lo más frecuente es que en este género haya sólo uno o dos hijos por familia, no porque ello fuera lo habitual en la época, sino por razones de economía dramática<sup>63</sup>. Libanio se mantiene dentro de esta tradición y a lo largo de la declamación menciona sólo uno, que está presente mientras el δύσκολος solicita el permiso para desheredarlo, como reflejan algunos demostrativos con -ί déictica al modo de los discursos judiciales y de la comedia, οὗτοςί, τούτονί, con el sentido de «éste que está aquí delante». Se trata de un joven de unos dieciocho o veinte años (23), cansado de vivir apartado en el campo y que aprovecha la oportunidad de la visita de su padre a la ciudad para estar con gente, interés que queda reflejado también en su insistencia en ver a los que iban por el camino (5). El padre se siente disgustado, pero sobre todo sorprendido, por el comportamiento de su hijo, ya que lo que ha intentado siempre es hacerlo igual a él, considerando que si hasta los animales toleran su carácter, mucho más debe hacerlo el muchacho:

<sup>63</sup> V. Ehremberg, *The People of Aristophanes*, Oxford 1951, p. 199. L. Gil, *ECLás XVIII* 72, 1974, p. 174.

οὐκ ὀλιγάκις μὲν, ἀεὶ δὲ ἀηδῶς σε προσεφθεγγόμην; εἰ δὲ ποτε ἀνασχοίμην ἀργῶν, μίαν ταύτην ἠφίειν φωνήν, ἐμὲ ζηλοῦν καὶ τὸν ἐμὸν τρόπον (17).

Con semejante programa educativo el hombre queda perplejo cuando ver reírse al muchacho a causa de su caída y no cesa de preguntarse dónde ha podido aprender a hacer algo semejante. Incluso afirma que, para evitar que llegara a suceder una cosa así, ni siquiera le había dejado ver a los comediantes, mostrándose muy ofendido por ellos, porque toman a los que son como él para ponerlos en solfa y provocar la risa de la gente (17). Sin embargo, a pesar de lo que opina el δύσκολος, algo de su forma de ser se le ha contagiado al hijo, lo que se aprecia en parte en la rudeza de los comentarios ante la caída del padre, llegando a un «si me hubiera librado de este carcamal» (21), y también en una cierta agresividad, reflejada en sus acciones en el camino a la ciudad, arrojando piedras a las cabras y pellas de barro a las grullas, los mismos «instrumentos» de los que se vale el padre para alejar a los que no desea ver.

Lo cierto es que esta peculiar forma de educación y el apartamiento en el campo han hecho que no tenga ninguno de los vicios que tradicionalmente se achacan en la comedia al mal hijo (el juego, las mujeres, etc.) (10 y 13), como se encarga de dejar claro en su defensa contra la desheredación con la que el δύσκολος quiere castigar su risa. Son vicios que corrientemente suelen ser motivo de queja de muchos padres en la comedia, porque suponen el derroche de los bienes familiares, y que desde el punto de vista del protagonista del discurso no deberían ser castigados con el repudio, sino con la muerte. Fidípides, en *Las Nubes*, arruinó a su padre con la afición a los caballos, por lo que éste decide llevarlo a la escuela de Sócrates para que aprenda los argumentos que servirán para librarle de los acreedores. Alexis menciona a un joven que acabó en cinco días con la hacienda familiar y Nicómaco presenta a otro que liquidó su herencia en un mes ὥσπερ φόν τις ῥοφῶν<sup>64</sup>. Tampoco faltan en la comedia latina los hijos derrochones, como Filolaques, en la *Mostellaria* de Plauto, que dilapida la fortuna de la familia mientras su padre está ausente, ni los padres quejosos, como Cremes, que en *Heautontimoroumenos* de Terencio afirma que su hijo le va a dejar en la ruina con sus continuos gastos.

Precisamente para evitar estos males la legislación autorizaba a privar de la herencia al que podía ponerla en peligro, tema tratado por Libanio también en otras declamaciones<sup>65</sup>. En general se tienen poco en cuenta los motivos personales, ya que lo que se persigue es básicamente mantener intacto el patrimonio recibido de los antepasados. Terencio en *Heautontimoroumenos* (vv. 961-8) ofrece un ejemplo de desheredación, en realidad sólo simulada, con la intención de poner freno a los gastos excesivos del hijo.

A través del discurso se pueden reconstruir algunos aspectos de la legislación relativa a este procedimiento a la que debe someterse el δύσκολος. En las declamaciones de Libanio, como señala Schouler<sup>66</sup>, suele situarse en el marco de una ciudad clásica muy semejante a Atenas. La demanda de desheredación se presentaba habitualmente ante un tribunal, aunque en este caso se haga ante el Consejo, y requería la participación expresa de las dos partes implicadas en el conflicto, lo que explica la alusión de los rétores que enseñaron al hijo los argumentos que podrían serle útiles (10). El desheredador debe exponer con detalle los motivos de su decisión y justificarlos de forma que el Consejo los dé por buenos (1-2), mientras que la parte contraria puede presentar frente a ellos una especie de defensa. Uno de los escasos aspectos concretos que se mencionan en la declamación es la necesidad de especificar si el hijo es el primogénito o no, lo que

<sup>64</sup> Alexis, Φαίδρος, fr. 248 K.-A. Nicómaco, fr. 3 K.-A.

<sup>65</sup> *Decl.* 46, 47 y 48.

<sup>66</sup> *Op. cit.*, p. 858.

probablemente debía suponer variaciones en el proceso (1), aunque faltan otros detalles sobre este tipo de causas.

Retomando los diversos aspectos que han quedado de manifiesto en este estudio de la Declamación XXVII de Libanio, podemos concluir que el autor ha pretendido ofrecer una caracterización completa de un personaje gruñón y malhumorado, pero sin buscar una individualidad. Muestra a sus alumnos la manera de presentar un retrato moral tomando como punto de partida al δύσκολος, que en la Comedia Ática había llegado a alcanzar la categoría de tipo. Al igual que otros autores en prosa que lo tratan en alguna obra, como Eliano, Luciano y Alcifrón, recurre a los ricos materiales que aquella le ofrece y los utiliza para crear su propio δύσκολος. Como su equivalente cómico-destaca por sus enormes deseos de estar solo, ya que le disgustan profundamente el mero contacto con cualquier ser humano y todo lo que ello conlleva. Otros rasgos que toma de su modelo son la preferencia por la vida en el campo, la irritabilidad y la agresividad. También proceden de la comedia las situaciones, la exageración y el reflejo del carácter del protagonista a través de su forma de hablar despectiva, rápida y cortante, cargada de improperios y maldiciones.

Libanio no hace sino continuar la tradición del δύσκολος, pero renovándolo al trasladarlo a un género completamente distinto de aquél para el que fue creado. Así, presentar un personaje perfectamente conocido para sus alumnos, basado en unos rasgos más o menos fijos, le permite mostrar los procedimientos para llevar a cabo una caracterización, pero sobre todo le da la posibilidad de centrar su atención en la composición y la argumentación. Es cierto que la Declamación XXVII hunde profundamente sus raíces en la comedia, pero no hay que olvidar que Libanio no es un comediógrafo, sino un maestro de retórica que enseña a construir discursos.

UPV/EHU

M.<sup>a</sup> JOSÉ GARCÍA SOLER

## XXVII

Un gruñón resbaló. Su hijo, que estaba presente, se rió.

Y hace el siguiente repudio público de éste

1. Una vez que lo he considerado más fácil a raíz de la caída, que ojalá nunca se hubiera producido, pues era mejor sufrir que hablar compareciendo ante tantos hombres, vengo para obligar a ese mocito tan risueño a que lllore también alguna vez. Porque lo voy a expulsar de mi casa bajo la autoridad de testigos como vosotros, ya que al honrado legislador le pareció bien eso de que yo no tenga poder para hacer salir de mi casa al que es diferente a mí, sino que estime como de la misma opinión a los que no convienen ni a los míos ni a mí. Pues, ¿por qué debéis saber vosotros, en primer lugar, si engendré a este hijo el primero y, después, que, considerando que soy objeto de su irrisión, no quiero dejarle nada de lo mío?
2. Ciertamente, de haber sabido que me ibais a obligar a hablar mucho más de lo que yo quiero y que no os iba a evitar en seguida diciendo sólo «No quiero que éste sea heredero de lo mío» o si ése hubiera reventado de risa, nunca hubiera comparecido aquí; y, ahora que estoy ya dentro de la sala del Consejo, algún prítane desgraciado volviéndose me dice: «Pero también es necesario enumerar detalladamente las causas y demostrar que son fundadas y ser convincente para los miembros del Consejo», y aún si así sucede, reventar respondiendo a esos habladores oradores, de modo que, insensato, me oculté queriendo escapar de uno solo y me lancé yo mismo entre innumerables fieras. Pero para librarme más rápidamente de vosotros, diré lo que me parezca bien en pocas palabras, tanto si queréis prestar atención a lo que digo, como si, según vuestra costumbre, preferís quedaros con la boca abierta en otra parte.

3. Desde mi alejada propiedad bajé anteayer a la ciudad, no porque añorara ver algo de lo de aquí, pues no podría estar tan echado a perder como para considerar una cosa importante lo vuestro, sino para reparar mi azada, que había golpeado en las piedras. Pues habéis de saber que el broncista, que muera de mala manera, después de haberse fijado un solo día para ir al campo y cobrar por él no poco sueldo, al no venir entonces me obligó a bajar aquí. Y es que yo le veía a disgusto incluso allí y muchas veces, aun teniendo algo que podría reparar, para no verle, le despedí, pero era preferible verlo a él solo allí que con muchos en este lugar. 4. Así que me fui para él disgustado conmigo mismo y maldiciendo sobradamente al infame. Y este aquí presente, invitándose él mismo, me siguió, que yo no se lo ordené, por los dioses; pues, ¿con qué intención se lo habría ordenado yo? Desde luego no para que me acompañara en el trayecto. Y es que incluso muchas veces no aguanto ni a mi propia sombra porque me sigue a todas partes, ni a causa de ella al sol y a la luna, que la hacen. Pero no sé cómo, al tiempo que salía, sin que yo me diera cuenta, apareció en medio del camino, contra lo que me indigné al punto y poco faltó para que lo golpeará con el bastón, como por cierto debía haber hecho. Así no le hubiera parecido ahora ridículo.

5. Después, durante el propio camino, ¿con cuántas cosas creéis que me enojó, irritando a los perros de los pastores y ahuyentando a las grullas con grumos de tierra o arrojando piedras a las cabras, preguntando quién es fulano o cuánto camino quedaba, como si yo tuviera medida la ruta o tuviera contados los habitantes de la zona, yo, que por no toparme a mi pesar con alguno ni siquiera acostumbro a seguir el camino público, sino que, saliéndome de él, hago mis paseos a través de los campos? Pero éste, sin embargo, consideraba oportuno informarse también de los que caminaban por la vía, animándome a que los mirara con vista más aguda que las águilas. Sofocado con todo esto, fui resistiendo, a pesar de ello, hasta que fuimos a dar al fin a la ciudad y al ágora. 6. Entonces, como no había nada soportable para mi vista, sino también allí de nuevo a los más riéndose, jurando, afrentándose mutuamente, llevando golosinas no por necesidad, sino cada uno comida de todo un año para muchos, suponiendo que les fuera posible ser sobrios, para no irritarme viendo eso, apartaba, como podía, los ojos y avanzaba sin mirar nada de lo que había a mi paso. Ciertamente no sabía que vosotros me ibais a obligar a someterme a las leyes a mí solo y no reprendéis a los agorónomos y astínomos que las desprecian así, ellos que prodigan tanto cuidado a la ciudad que lagos enteros se reúnen en ella y hay lugares resbaladizos en todas partes del ágora, en los que al ir a parar de improviso y deslizarse los dos pies, sin lograr apoyarme en el bastón, me caí sin darme cuenta y me convertí en objeto de gran regocijo para él, cuando nunca, por los dioses, hubiera esperado eso. 7. Y apenas en el suelo se me fue el pensamiento a otra cosa y más que de la caída tenía miedo de que ese mismo o algunos de los del ágora acercándose me tendieran la mano o me preguntaran lo que tienen por costumbre: a ver si me lastimé la pierna o si me quebré la clavícula o si me machaqué la cadera, un vómito de palabras y preguntas tales que me hubieran aniquilado al instante. 8. Pero esto no fue tal, sino que contra mis previsiones hubo mucha, como sin duda diríais vosotros, falta de humanidad. Y, cuando levanté los ojos, vi a éste que está aquí con el rostro desencajado, rebosando de risa y carcajeándose limpiamente de mí.

9. Entonces, ¿va a ser ese mi heredero y a reírse otra vez cuando yo esté muerto, o más bien lo celebrará espléndidamente? Pues si, sólo con haberme caído no podía contenerse por la risa, cuando yo esté muerto sin duda organizará una fiesta para todo el mundo. Pero yo no me chupo el dedo ni soy insensato hasta el punto de que ése reciba ni un ápice de lo mío o ponga el pie en mi propiedad en el futuro, sino que se vaya junto a los que le aguanten cuando se ría.

10. Para mí es suficiente exponerme a la risa una sola vez, pero ya no una segunda, ni aún si hubieran reventado diez mil veces los rétores en el preciso momento en que le enseñaron a decir: «No soy libertino, ni un perdido, ni mujeriego, ni presto atención al juego de dados. En estas condiciones el legislador ordenó repudiar públicamente a los hijos». 11. Pero tú, malvado, ojalá peticieras de mala manera con tus buenos maestros, en primer lugar por aprender esas palabras, y después por pensar que yo hubiera podido renegar de tí que sólo has hecho al guna de esas cosas en sueños, pero no hubiera puesto encima un montón de piedras enterrándote en un hoyo profundo. 12. ¿Qué podría razonar alguien con ese? Revierto, por los dioses, en gran parte por respetar al legislador. Y yo afirmo abiertamente que no legisló nada útil para nosotros, si precisamente tiene legislado lo que esos dicen y para injusticias de tal calibre

creyó que era castigo suficiente la privación de la herencia. Pues si sencillamente hubiera pasado delante de la casa, si hubiera enarcado las cejas o hubiera sacado la mano del manto o hubiera mirado de frente a algunos de los que no son sus íntimos o no hubiera respondido nada cuando le hablaran, ¿no sería necesario conducirlo a la sala del Consejo al instante y que expulsara fuera a tal malvado la casa o, mejor, la ciudad entera?

13. «Si no se va a gastar en prostitutas la hacienda de su padre», dice, «ni la entregaría al estómago o a los dados, pero se ríe de su padre caído, o incluso si no está caído —pues, ¿cómo no se va a reír cualquiera que esté en sus cabales?—, que sea tu hijo», dice, «y heredero de lo tuyo». ¡Ah, qué necedad! «Si se gasta la hacienda», dice, «que ya no sea tu heredero». ¿De cuál, desgraciados? ¿De la que dejó en mujerzuelas? ¿O de la perdida a los dados? 14. A vosotros que os vaya bien reprendiendo así a vuestros hijos y soportando hasta ese punto sus injusticias. Porque ciertamente os salen todos dignos de la ruina. Pero para mí la mayor de las ofensas es la risa; esto me causa dolor. ¿Quién castiga al que comete un agravio con ella? Si el hijo apesadumbra por ser un libertino, que se le repudie en ese caso; si es un mujeriego, también entonces. Pero si se ríe de mí, o mejor, si se ríe de todo... 15. Pues yo afirmo que no es cosa de seres humanos, sino que desbarran, como en todo lo demás, quienes opinan que el reír es algo propio del hombre. Más valía decir que el llorar y lamentarse. Porque todos hacen cosas dignas de ello. Y la risa, si es que se produce por buenas obras, es de todo punto ajena al ser humano. Pues jamás vieron, ni desde luego verán, nada bueno, sino siempre males, primero los que reciben unos y otros y luego los que hacen. Y habría que reír un solo día: cuando sobreviene la mejor muerte.

16. Entonces, en fin, desdichado, ¿a ti qué te impulsó a reír? ¿Contemplabas a unos comediantes y pensaste que yo era uno de los bufones de allí? ¿O creíste que yo bailaba un *kórdax*\* en medio del ágora, pero no que me caía? Y eso que yo nunca te envié a que vieras a los comediantes, para que ni siquiera tuvieras ganas de reírte de ellos, ni yo creía que tú conocieras lo que es la risa. 17. Pero tú a escondidas has llegado al meollo del asunto, de modo que podrían contratarte los comediantes, para que les llenes de risa el teatro. Y creo que los desgraciados incluso hacen una representación de eso que me sucede ahora y que ponen en solfa por tener otras costumbres a los que son como soy yo en mi vida. Tú tal vez te habrás parado riéndote, yo yaceré en tierra y ellos añadirán palabras como las que acostumbran a decir. Tal es la pieza que les ha suministrado tu risa. ¿De dónde la has aprendido, desgraciado? ¿A quién has imitado? ¿No te he hablado yo pocas veces y siempre de mala gana? Y si alguna vez me hubiera permitido perder el tiempo, te hubiera largado esta sola sentencia: que me imites a mí y mi modo de ser. 18. Entonces, ¿cuándo me has visto a mí riendo? ¿Cuándo me has oído alabar a los que ríen? Yo, que incluso cuando tomé por esposa a tu madre, mucho más malvada que tú, desde lejos amenazaba con arrojar pellas de barro a los que cantaban el himeneo, si no se alejaban de mi propiedad. Pues ni siquiera pienso que este coro de rientes fuera de cantores de bodas, sino de locos. Y no sólo me parece que los hombres delinquen, víctimas de ese defecto, sino que también al ternerillo, si alguna vez brincó, le rompí las patas con piedras y al perro, si mueve la cola cuando me acerco, le muelo con el azadón. Y yo cultivo un campo, por Zeus, no delicado ni sombreado por árboles, sino una loma escarpada, que da tomillo y salvia, y ése es más grato para mí que los huertecillos ridículos que cultiváis vosotros, pues a tales yo no los llamaría campos.

19. Entonces, malvadísimo, los bueyes y los perros viven mi vida y se contentan con mi modo de ser, pero, tú, que dices una y otra vez que has nacido de mí y que pretendes heredar lo mío, que te criaste en tales lugares y junto a animales como los que he enumerado hace un momento, tú el único de los de allí te ríes y eso estando yo postrado en tierra. 20. Sin embargo, incluso si hubieras llorado o vuelto el ros-

\* Se trata de una danza asociada muy estrechamente con la comedia (cf. Ateneo, *Deipn.* XIV 630e; Pólux, IV 99; Suda, s.v. *κوردάκιζει*; Bk. 101, 16 y 267, 26). Se caracterizaba por sus movimientos violentos y su desenfreno, por lo que se consideraba un baile vulgar e indecente, como muestra Ateneo (XIV 631d), que afirma que para los griegos era φορτικός. Según Hesiquio, es un tipo

de danza ἀσέμνος κινούσης (τὴν ὀσφύν) y en Suda se define *κوردάκιζει* como *αἰσχρὰ ὀρχεῖται*. También se encuentra asociado el *κórdαξ* a la borrachera, como indican Aristófanes (*Nu.* 540), Alcifrón (II 15) y Teofrasto (*Char.* VI 3), que, al describir al desvergonzado, incluye entre los rasgos que lo definen que no le importa bailar esta danza sin estar bebido.



tro aquí o allá, o te hubieras acercado o alejado o hubieras mirado fijamente a alguno de los de alrededor o alguno de aquellos a ti, no lo hubiera soportado con más facilidad, sino que me hubiera enojado de igual manera. Ciertamente ni siquiera hacía falta que te movieras en absoluto, sino que exactamente igual que una piedra te quedaras de pie o que en modo alguno vieras que me había caído o que al verme te cayeras tú también, pues por cierto andábamos el mismo camio y no iba a ser para mí resbaladizo y para ti firme, y no estabas tú sobrio y yo beodo, sino que para hacer tus delicias riéndote y alegrarte a ti mismo, te quedaste de pie firmemente sobre tanto lodo y tan resbaladizo, y no te fuiste al cuerno, sino que me prestabas atención. 21. Y si alguna vez yo llevé a cabo algo bueno levantando la cerca o cortando los espinos o persiguiendo al lobo, no viniste a verlo; pero cuando estaba tendido en tierra lleno de barro y mal por la caída, tú estabas de espectador y de mis desgracias hacías tu placer e incluso decías: «Pues si se hubiera partido por la mitad, pues si me hubiera librado yo de este carcamal\*, pues si hubiera reído aún más». Por cierto que te vas a librar, pero gimiendo, lamentándote y sin ser dueño de nada, para reírme yo también entonces y dejar de afligirme por aquello por lo que tú te reíste de mí.

22. Y que nadie me moleste entonces diciendo que «Es joven» y que «Hay que perdonarle esa falta». Pues, ¿quién eres tú que intercedes por éste? ¿Dónde lo has conocido? ¿Dónde lo viste? ¿Por qué te afliges por él? ¿No estaba yo allí para reconvenirle? ¿Me opuse cuando pedía algo de eso? ¿Te defendió ése a tí o alguno de tus allegados? Entonces, ¿por qué das lo que nunca has recibido? ¡Ay, qué intromisión! Se preocupa uno por un hijo ajeno e impide a su propio padre que le castigue. 23. «Perdónale», dice, «por su juventud». ¿Tú me aconsejas eso y conoces la edad de mi hijo mejor que yo, como si hubieras pagado a la nodriza o hubieras tomado nota de la fecha en que vio la luz? ¿Dónde nació entonces ese joven hace dieciocho o veinte años? «No debería haber crecido entre piedras y sacar su sustento de los labrantíos». Pero, ¿cometer tal injusticia? ¿O ves la juventud de ése y consideras insignificante mi vejez, que ése hizo ridícula?

24. Y desde luego, si también me defendieras a mí, me habría irritado y te habría llamado entrometido y meticón, que es lo que eres precisamente. Pues, ¿no has intercedido por el muchacho, que no es pariente tuyo en nada? Entonces ¿qué? ¿Dirás también que está relacionado contigo? ¿Eres amigo de su padre? Venga, todos vosotros sois amigos míos. Pero, ¿eres pariente mío? ¿De qué parte? Yo no soy pariente de ningún ser humano. De las piedras nací. Aquellas son mis amigas, aquellas mis parientes. Aquellas únicamente, si hablaran, intercederían por él, pero ni un solo hombre. Si cuanto más se acerca uno, tanto más me irrito.

25. «Entonces estarás solo», dice. ¿Acaso eso, buen hombre, te molesta a ti? ¿Te importan mis asuntos? ¿Por qué? ¿Soy yo para tí un compañero de bebida, de armas, de cacería? ¿O tienes miedo de que llegue para invitarte a una asociación? Sí, claro, para que como las bombas levantes la azada\*\*. ¿No eres peor agricultor que Manes\*\*\*? Sin embargo, también a aquél le expulsé de mi propiedad, para no tener que ir detrás cultivando yo. ¿Tú crees que yo, más antipático que todos, voy a cultivar aislado por completo, como si fuera despreciable en vez de una ventaja el no ver a nadie? 26. Y si es que, como tú dices, es un mal la soledad, ¿qué hombre está solo si tiene manos y pies? ¿No le basta esa abundancia para cavar, arar, regar y llevar a cabo las demás labores que se realizan siempre en el campo? Y ¿en qué me aprovecharía ése a mí estando conmigo, si está tan echado a perder y es semejante a vuestros hijos? 27. Lo

\* El término que aparece en el texto es exactamente el nombre de Κρόνος, que con frecuencia se utiliza con el sentido de «persona muy vieja», «Matusalén», como se puede ver también en Aristófanes (*Nu.* 929; *V.* 1480).

\*\* Esta misma comparación se encuentra en Menandro (*Dysc.* 536-7: ὡς περ τὰ κηλώνειά με / μόλις ἀνακύπτουσι εἰθ' ὄλωι τῷ σώματι), asociando los movimientos de la bomba arriba y abajo para sacar el agua con los del campesino cuando trabaja la tierra. El nombre de este aparato, κηλώνειον, es un término poco frecuente, que emplean Heródoto (I 193, 1; VI 119, 3) y Aristó-

fanes (fr. 697 K.-A.), donde aparece el primer ejemplo de la comparación del movimiento de la bomba para sacar agua con el trabajo de la tierra: ὡς ἀνακύπτων καὶ κατακύπτων τοῦ σχήματος οὐνεκα τοῦδε / κηλωνείου τοῖς κηπουροῖς.

\*\*\* Manes es frecuente como nombre de esclavo, como se aprecia en Aristófanes (*Av.* 1324) y Ferécates (*Ἄγριοι* fr. 10 K.-A.). De él incluso afirma sexto Empírico (*Pyrrh.* II 257) que debe ser el común para los sirvientes: τοῦτο γὰρ τοῦνομα τοῖς οἰκέταις ἔστω κοινόν.

que es yo, prefiero no ver a nadie, pero, si acaso fuera necesario, a uno semejante a mí, seco y mísero y que no se ría nunca ni por su parte desee quererme. Pues tengo eso como ofensa igual a aquella. Hasta que no aparezca uno tal, será para mí hijo, amigo, pariente y todo en una palabra la soledad. Ella vivirá conmigo, ella me cuidará cuando sea viejo, ella me cubrirá también cuando esté muerto.